

ONTOLOGÍA FUNDAMENTAL

Pr. Juan Antonio Valor Yébenes

Curso 2021-2022

Comentario del libro de John Locke:

Ensayo sobre el entendimiento humano

(Libro segundo, capítulos I-XII)

Xabier Vila

Como se señala en el título, el objeto del presente trabajo es describir y analizar el contenido de los capítulos I al XII del Libro segundo de la magna obra del filósofo inglés John Locke *Ensayo sobre el entendimiento humano*, publicado en el año 1690 aunque escrito durante las dos décadas previas.

Locke se mostró a lo largo de su vida (que se extendió desde su nacimiento en 1632 hasta su muerte en 1704 a la edad de setenta y dos años, un mes y veintinueve días) como una persona interesada en múltiples y diversas disciplinas entre las que destacan la química y la medicina, unidas ambas por la investigación experimental, actividad en ciernes en el siglo XVII y en la que el pensador de Wrington fue pionero.

Dentro del campo de la química, Locke colaboró con Robert Boyle cuya teoría corpuscular le sirvió de inspiración para desarrollar varios apartados del Libro segundo del *Ensayo*. Según esta teoría los cuatro elementos aristotélicos (aire, agua, tierra y fuego) no serían cuerpos simples, sino que estarían constituidos por partículas más pequeñas que se caracterizarían por poseer ciertas propiedades universales tales como la forma, el volumen y el movimiento.

Junto a estas inquietudes naturalistas, por propia curiosidad y por dedicación profesional, John Locke se ocupó también de cuestiones de carácter político, mostrando especial interés por la libertad religiosa y por la teoría del estado. Respecto de la primera publicó *Carta sobre la tolerancia* (1689), y en cuanto a su interés por la política debe resaltarse su obra *Dos tratados sobre el gobierno*, del mismo año. En ella se muestra como un ferviente defensor del constitucionalismo liberal, caracterizado por no fundar la monarquía en el derecho divino y por el reconocimiento de la existencia de tres «derechos naturales» inherentes al Hombre: el derecho a la vida, el derecho a la libertad y el derecho a la propiedad.

Entre los años 1668 y 1670 Locke vivió en París, ciudad en la que tuvo oportunidad de conocer de forma directa la filosofía de René Descartes y de Pierre Gassendi, autores que influyeron sin lugar a duda en la evolución de su pensamiento.

Volviendo al *Ensayo sobre el entendimiento humano*, su objetivo, declarado una y otra vez por su autor, es estudiar la naturaleza de nuestro conocimiento y reconocer sus límites, además de especificar cuáles son nuestras capacidades cognoscitivas y determinar qué tipos de objetos podemos llegar a conocer; aunque la finalidad que persigue no es tanto escrutar los objetos del mundo que se muestran ante nuestros sentidos como conocer al sujeto que los percibe. Este propósito condujo a Locke a estudiar el origen de las ideas y a clasificarlas; y tendría como resultado la fijación de los atributos identificativos del denominado «empirismo inglés», iniciado por Francis Bacon en el siglo XVI, continuado por Thomas Hobbes y por él mismo en el siglo XVII, y retomado en el siglo XVIII por George Berkeley y por David Hume.

La obra la conforman cuatro libros (Libro primero: *De las nociones innatas*; Libro segundo: *De las ideas*; Libro tercero: *De las palabras*; y Libro cuarto: *Del conocimiento*) que a su vez se dividen en capítulos y estos en secciones. En este estudio el texto consultado es el publicado por el Fondo de Cultura Económica en su segunda edición (1999) y cuarta reimposición (2018), con traducción de Edmundo O’Gormand del año 1956.

Haber situado el libro *De las ideas* después del *De las nociones innatas* y antes del *De las palabras* no es una cuestión baladí, toda vez que para apuntalar su concepción de todas las ideas como procedentes de las experiencias, Locke necesitaba en primer lugar impugnar el innatismo de Descartes, de la «Escuela platónica de Cambridge» y de relevantes filósofos contemporáneos y compatriotas suyos como Herbert de Cherbury (1583-1648) para, a continuación, abordar el lenguaje en su relación con las ideas. En este sentido llega a afirmar que «[...] el uso de las palabras consiste en servir de señal exterior de nuestras ideas internas» (II-XI-9).

En la «Introducción» del *Ensayo* Locke es muy claro respecto de la utilidad de su investigación: «Si logramos averiguar hasta qué punto puede llegar la mirada del entendimiento; hasta qué punto tiene facultades para alcanzar la certeza, y en qué casos sólo puede juzgar y adivinar, quizá aprendamos a conformarnos con lo que nos es asequible en nuestro presente estado» (I-I-4). Ahora bien, ese

reconocimiento de la existencia de un límite en nuestra capacidad de conocimiento verdadero no debe llevarnos a la inacción: «Si vamos a descreerlo todo, sólo porque no podemos conocerlo todo con certeza, obraríamos tan neciamente como un hombre que no quisiera usar sus piernas y permaneciera sentado y pereciera, sólo porque carece de alas para volar» (I-I-5).

Como vemos, la palabra clave del empirismo lockeano es «idea». Así nos lo advierte en I-I-8, al tiempo que explica que la utiliza «para expresar lo que se entiende por fantasma, noción, especie, o aquello que sea en que se ocupa la mente cuando piensa» y se fija como primera labor averiguar «cómo entran las ideas en la mente».

El término tiene una larga evolución en la historia de la Filosofía puesto que procede de Platón, para quien la expresión «Idea» no remite a un pensamiento, sino que tiene un carácter ontológico en tanto en cuanto hace referencia a la esencia del «ser». Descartes fue quien otorgó a la palabra la acepción que le damos en la actualidad; es decir, las ideas son sencillamente los contenidos que tenemos en nuestra mente, lo que ocupa nuestros pensamientos.

La compleja indagación que implica el objetivo de John Locke de evidenciar el mecanismo por el cual la mente del ser humano alcanza el conocimiento y reconocer sus límites lo obligó a llevar a cabo una ardua y meticulosa descripción de su concepto de idea y de sus atributos, tanto en lo que se refiere a los procesos fisiológicos y psicológicos que las generan como en lo que respecta al modo en que se combinan para constituir ideas complejas, y a la forma en la que la mente las fija y retiene. Estas características, que detalla en el texto del *Ensayo*, nos las adelanta en el título de los primeros doce capítulos del Libro segundo:

Capítulo I: *De las ideas en general, y de su origen*

Capítulo II: *De las ideas simples*

Capítulo III: *De las ideas provenientes de un solo sentido*

Capítulo IV: *De la solidez*

Capítulo V: *De las ideas provenientes de diversos sentidos*

Capítulo VI: *De las ideas simples provenientes de la reflexión*

Capítulo VII: *De las ideas simples provenientes de la sensación y de la reflexión*

Capítulo VIII: *Otras consideraciones acerca de nuestras ideas simples*

Capítulo IX: *De la percepción*

Capítulo X: *De la retentiva*

Capítulo XI: *Del discernir y de otras operaciones de la mente*

Capítulo XII: *De las ideas complejas*

Partiendo, como señalé, de la inexistencia de ideas innatas; esto es, de contenidos que nuestro pensamiento poseería en sí mismo incluso desde antes de haber nacido y, por consiguiente, comunes a todos los hombres, Locke afirma que cuando nacemos nuestra mente es como un papel en blanco, no tiene nada escrito. Recupera así la tesis aristotélica del alma como *tabula rasa*, en la que son las vivencias de cada persona las que la llenan de contenidos: «Supongamos, entonces, que la mente sea, como se dice, un papel en blanco, limpio de toda inscripción, sin ninguna idea. ¿Cómo llega a tenerlas? [...] ¿De dónde saca todo ese material de la razón y del conocimiento? A esto contesto con una sola palabra, de la experiencia» (II-I-2).

En Locke la «experiencia» es, pues, lo que nos aporta los materiales que precisa la mente para poder desarrollar su función: pensar; y es de dos clases: externa e interna.

La experiencia u observación externa es aquella que procede de nuestros sentidos corporales (la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto). Los objetos que nos rodean poseen unas «cualidades sensibles» (blanco-negro/calor-frío/dulce-amargo/duro-blando, etcétera) las cuales son captadas por nuestros órganos sensoriales (los ojos, los oídos, la piel, la nariz, la lengua...) que las transmiten desde sus receptores, por medio de lo que Galeno denominó *spiritus animalis* (partículas materiales muy sutiles que circularían a través de los líquidos corporales), a los nervios y estos las conducirían

hasta el cerebro y la glándula pineal, en donde se ubicaría la mente, según Descartes, en cuyo interior se transformarían en «ideas», dando origen a la conciencia externa. A este proceso Locke lo denomina «sensación» y constituye la base del «dualismo ontológico», que hipotetiza la existencia de dos sustancias en el ser humano: una material o corporal y otra inmaterial o espiritual.

Por su parte, la experiencia u observación interna es también fuente de ideas. La constituyen las percepciones que la mente tiene acerca de sus propias «operaciones», proveyendo de esta suerte al entendimiento de un conjunto de ideas que en ningún caso podrían proceder de los objetos externos. Entre ellas destaca nuestro autor las de «percibir», «creer», «razonar», «querer», «dudar», «pensar», etcétera. Este actuar de la mente lo llama «reflexión» y, en cierto modo, lo equipara con la sensación puesto que llega a decir que «puede llamársele con propiedad sentido interno» (II-I-4).

A su juicio: «Nada tenemos en la mente que no proceda de una de esas dos vías» (II-I-5). Y respecto del momento en el cual surgen por vez primera las ideas en la mente coincidiría con aquel en el que comenzamos a percibir «puesto que tener ideas y percibir son la misma cosa» (II-I-9). Por eso, el entendimiento es pasivo: no está en disposición de poder elegir el tener o no tener «ideas de cualidades sensibles» ya que los objetos del mundo estimulan por sí solos nuestros sentidos y estos tampoco pueden no transmitirlos a la mente, la cual «está obligada a recibir esas impresiones, y no puede evitar la percepción de las ideas que llevan consigo». De igual manera, las ideas procedentes de la reflexión también las acogemos pasivamente puesto que «las operaciones de nuestra mente no nos dejan estar sin alguna noción acerca de ellas». A las ideas de uno y otro origen las denomina «ideas simples» (II-I-25).

En el primer párrafo del capítulo II («De las ideas simples»), Locke introduce la diferenciación entre «ideas simples» e «ideas complejas».

Los sentidos captan los estímulos del mundo exterior de forma diferenciada aunque procedan del mismo objeto, y así los transmiten a la mente, que los percibe también de manera discreta, individualizada. Es lo que sucede cuando, por ejemplo, tocamos una superficie caliente y rugosa.

El entendimiento distingue perfectamente ambas sensaciones, recogidas por el sentido del tacto, igual que si hubiera recibido otras dos de dos sentidos diferentes. Se generan, en consecuencia, dos ideas simples y puras.

Según Locke, como ya apunté, también las ideas provenientes de la experiencia interna, de la reflexión de la mente en relación con sus propias operaciones, son, en principio, simples. No obstante; las ideas simples, procedan de cualquiera de estas vías, pueden ser repetidas, combinadas y comparadas por el entendimiento *ad infinitum* y dar lugar a un número ilimitado de «ideas complejas». Ahora bien, ningún hombre tiene la capacidad de crear ni de hacer desaparecer ni una sola de las ideas simples que su mente posea: «Empero, no está en el más elevado ingenio [...] inventar o idear en la mente una sola idea simple [...] ni tampoco le es dable a ninguna fuerza del entendimiento destruir las que ya están allí» (II-II-2).

A continuación, considerando simultáneamente la experiencia interna y la externa, Locke realiza una interesante clasificación de las ideas simples en cuatro categorías según el medio por el cual acceden a la mente y notamos su existencia: las que le llegan por un solo sentido, las que recibe por dos o más sentidos, las que obtiene tan solo a través de la reflexión, y las que percibe por todos los sentidos y por la reflexión.

En efecto, determinadas ideas únicamente las podemos adquirir gracias a los ojos (por ejemplo, los colores), otras solo por los oídos (los sonidos), y otras en virtud de los demás sentidos.

Las ideas que obtenemos por varios sentidos «[...] son las del espacio o extensión, de la forma, del reposo y del movimiento. Porque hacen impresiones perceptibles en los ojos y también en el tacto» (capítulo V).

Las ideas simples que dimanar de la reflexión germinan cuando la mente se vuelca sobre sí misma y examina su actuar y las ideas que posee y las utiliza a su conveniencia, igual que hace con las ideas procedentes de la experiencia externa. Por esta vía obtendríamos las ideas de «percepción» y de «volición». La percepción Locke la llama también «potencia de pensar» y «entendimiento»,

y a la volición la denomina «potencia de volición» o «voluntad», constituyendo ambas las «facultades» de la mente.

Por último, habría además ideas simples que provienen de la experiencia interna y externa al mismo tiempo. A entender de Locke, son las siguientes: «El placer o deleite y su contrario; el dolor o la inquietud; el poder; la existencia y la unidad».

La anterior clasificación, nos apercibe, no incluye todas las posibles ideas simples que puede llegar a tener nuestra mente, pero sí son las principales y constituyen el material con el que el entendimiento elabora sus conocimientos y sus pensamientos, desde el más simple al más intrincado.

Lo expuesto hasta aquí tiene un gran valor por la lucidez y la congruencia de las indagaciones de Locke; sin embargo, la reflexión más valiosa acerca de los límites de nuestra capacidad de conocer la realiza en el capítulo VIII, donde establece la fundamental distinción entre *ideas* y *cualidades*: «Todo aquello que la mente percibe en sí misma, o todo aquello que es el objeto inmediato de percepción, de pensamiento o de entendimiento, a eso llamo *idea*, y a la potencia para producir cualquier idea en la mente, llamo *cualidad* del sujeto en quien reside ese poder. Así, una bola de nieve tiene la potencia de producir en nosotros las ideas de blanco, frío y redondo; a esas potencias para producir en nosotros esas ideas, en cuanto que están en la bola de nieve, las llamo *cualidades*; y en cuanto son sensaciones o percepciones en nuestro entendimiento, las llamo ideas [...]

 (II-VIII-8).

Siguiendo una antigua tradición (que se inició con la sentencia de Demócrito: «Opinión el dolor, opinión lo amargo, opinión el frío, opinión el color; verdad, los átomos y el vacío», prosiguió con Aristóteles y los filósofos escolásticos, la retomaron en la Edad Moderna Gassendi, Galileo, Hobbes, Descartes y Robert Boyle, quien diferenció entre «cualidades reales» y «cualidades subjetivas»), John Locke introdujo una clara distinción entre lo que denominó «cualidades primarias» y «cualidades secundarias»; equivalentes a las cualidades reales y subjetivas indicadas por Boyle.

Las cualidades primarias, u originales, forman parte de los objetos de una manera tan íntima que no es posible que las pierdan bajo ninguna circunstancia, cualquiera que sea el cambio o transformación que sufran. Nuestros sentidos las detectan en todo corpúsculo que sea lo suficientemente grande como para ser percibido, y tal es su naturaleza que «la mente las considera como inseparables de cada partícula de materia, aun cuando sean demasiado pequeñas para que nuestros sentidos puedan percibir las individualmente» (II-VIII-9). Estas cualidades son inherentes a los cuerpos que las poseen con independencia de que nosotros estemos o no percibiéndolos. Vemos, entonces, que para JL dichas cualidades originales constituyen la esencia de las cosas, sin las cuales no sería posible concebirlas, sin las cuales no serían ellas mismas sino otras, y es precisamente por ello que generan en nuestra mente las ideas simples «de la solidez, la extensión, la forma, el movimiento, el reposo y el número» (II-VIII-9).

Las cualidades secundarias, asevera este gran filósofo inglés, no existen como tales cualidades en los objetos, que las poseerían no como propiedades en acto sino como «potencias»; esto es, como poderes derivados de sus cualidades primarias capaces de suscitar en nuestros órganos sensoriales la aparición de determinadas sensaciones o ideas; como por ejemplo los colores, los sonidos, los olores, etcétera. No son, en consecuencia, totalmente subjetivas dado que no existirían si la materia que constituye los objetos no estuviera dotada de las propiedades necesarias para provocarlas.

Ambos tipos de cualidades, primarias y secundarias, continúa Locke, engendran en nuestra mente las ideas que se corresponden con su ser por idéntico procedimiento: por medio de «partículas insensibles» que impactan contra nuestros receptores sensoriales, los cuales transmiten ese movimiento al cerebro a través de los nervios y sus «espíritus animales». Cómo, al llegar al órgano correspondiente, esa información se transmuta en ideas es algo que todavía está por dilucidar.

Sin embargo, hay una diferencia trascendental entre las cualidades primarias y sus respectivas ideas en nuestra mente, y las cualidades secundarias y las ideas que con respecto a ellas elabora el entendimiento: las ideas que tenemos de las cualidades primarias se corresponden de forma exacta,

como si de una imagen especular se tratase, con las propias cualidades; por lo tanto, las cualidades primarias y las ideas que proceden de ellas son semejantes. A esta tesis se la conoce como *representacionismo epistemológico*: esta clase de ideas son representaciones fidedignas de la realidad extramental, y en cuanto tales son verdaderas. En contraposición, las ideas de las cualidades secundarias no son reflejo de entes reales toda vez que estas cualidades no existen como tales en los objetos mismos, sino que son meras «potencias» derivadas de sus cualidades primarias susceptibles de producir en nosotros diferentes sensaciones.

Locke introduce una tercera clase de cualidades de los cuerpos que al igual que las cualidades secundarias también son un «poder» que emana de sus cualidades primarias, en este caso capaz de modificar esas cualidades en otro cuerpo; modificaciones que serían captadas por nuestros sentidos como acontece con el fuego al derretir el plomo, que pasa del estado sólido al líquido. A estas cualidades las llama «potencias». Tampoco son reales en sentido propio; tan solo son facultades capaces de provocar cambios (II-VIII-23).

En el capítulo XII se ocupa con mayor detenimiento de las ideas complejas que «son las que la mente compone de ideas simples» (II-XII-1).

En tanto que las ideas simples las adquirimos pasivamente y no nos es factible producirlas a voluntad, nuestra mente sí tiene la potestad de crear *motu proprio* ideas integradas por varias ideas simples mediante tres actos principales; a saber: por combinación, por aproximación y por abstracción. A través de la combinación se constituyen las «ideas complejas» propiamente dichas. Pero si el entendimiento junta ideas simples o complejas sin combinarlas lo que se obtiene son las «ideas de relaciones». Y si lo que hace es separar ciertas ideas de otras con las que tienen proximidad, procedimiento al que denomina *abstracción*, lo que se consigue son «ideas generales».

Llegados a este punto entiendo que han quedado expuestos con cierto detalle los pensamientos de Locke con relación a la naturaleza de nuestro entendimiento y a nuestra capacidad para conocer, así como algunos de sus antecedentes históricos. Ahora he de añadir que, en mi opinión, más que un

planteamiento ontológico lo que presenta JL en el Libro segundo de su *Ensayo sobre el entendimiento humano* es un desarrollo científico-positivo de los procesos que permiten que podamos representarnos el mundo extramental en nuestro mundo interior, en nuestro cerebro, del modo más fidedigno posible dado que es inviable insertarlo físicamente, objetualmente, en él.

También me parece importante reseñar que en esta detallada investigación Locke continúa la labor comenzada por Francis Bacon con la publicación, en el año 1620, de su *Novum Organum* que supuso la introducción del método experimental en la Filosofía.

En varios pasajes del *Ensayo* lockiano encontramos ejemplos de los *ídola* de Bacon, quien nos comunica su efectos con estas palabras: «Los ídolos y las nociones falsas que han invadido el entendimiento humano, echando profundas raíces, no solo bloquean la mente humana de un modo que dificulta el acceso a la verdad, sino que aunque tal acceso pudiese producirse continuarían perjudicándonos incluso durante el proceso de instauración de las ciencias si los hombres, teniéndolos en cuenta, no se decidiesen a combatirlos con todo el denuedo posible» (*Novum Organum*, Libro primero, 38).

De las cuatro especies de ídolos descritas por el pensador londinense (ídolos de la tribu, ídolos de la cueva, ídolos del foro e ídolos del teatro), en el *Ensayo* de Locke tenemos muestras sobre todo de los *ídola tribus* que enraízan su fundamento en la naturaleza humana en general, y en particular en el hecho de que nuestras percepciones, «tanto de los sentidos como del espíritu», tienen más relación con nosotros mismos que con las cosas que nos rodean.

Con respecto a esta cuestión, el capítulo XI del Libro segundo del *Ensayo*, intitulado «Del discernir y de otras operaciones de la mente», en la sección 15, que versa sobre los orígenes del conocimiento humano, JL realiza la siguiente observación vinculada directamente con lo que vengo de señalar: «Sobre lo cual debo apelar a la experiencia y a la observación, para que se determine si tengo o no razón, porque la mejor manera de llegar a la verdad es examinar las cosas tal y como realmente son,

y no concluyendo que son según las imaginamos nosotros mismos, o según otros non han enseñado a imaginarlas».

Dicho lo cual, no queda sino concluir el presente trabajo haciendo notar la sólida postura antidogmática de John Locke en todo su quehacer intelectual, ya se trate de asuntos filosóficos, religiosos o de teoría política. Sus estudios fueron proseguidos por otros pensadores empiristas y de otras corrientes, incluso por los pragmatistas norteamericanos —quienes no dejan de ser empiristas autoproyectados hacia el futuro— como Charles S. Peirce, ya en el siglo XIX, cuyo *falibilismo* (esto es; que todo conocimiento, hasta el que nos parezca indestructible y eternamente cierto, es susceptible de ser declarado inválido en cualquier momento) posee un claro antecedente en el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke.